

Voz como de una hermana que se ha perdido;
voz de «mezzo-soprano» que hemos oído
perderse entre las sombras de algún andén

en un día de viaje; trémula y rota
voz que cantaba acaso copla de jota
entre el ferruginoso rodar del tren...

Andrés GONZÁLEZ-BLANCO.

Madrid, 1908.



UN DRAMA

Se había ocultado el Sol. En el puerto, las canciones de los pescadores tremolaban lentas, desfalleciendo hasta morir á lo largo del mar, en la quietud misteriosa y trágica. El crepúsculo descendía de los montes, poniendo en las aguas un color conizoso. Una neblina sutil era corona en las altas cúspides y velo en la lejanía azul. Hacía el pueblo brillaban algunas luces indecisas.

Un hombre se destacó en el muelle, gritando:

—¡Un botero!

Y no recibiendo respuesta, tornó á gritar:

—¡Una lancha por una hora!

El bote se acercó lentamente, guiado por un hombre fornido, quien, cuando llegó á tierra, llamó á un rapaz para servirse de su ayuda. Los paseantes querían merendar fuera del puerto, pasada la barra. No le consintieron al muchacho llevar hasta la embarcación el cesto de las provisiones.

—¡Abre!

El chico se apoyó en el malecón hasta desatracar la barca; luego, sentándose, empezó á bogar.

—¡Cía!

Viraron poniendo la proa en la dirección del canal. El patrón, acompasando la maniobra con movimiento de su intonsa cabeza, aún ordenó al chico:

—¡Avante!

Y los remos, aleteando unánimes imprimieron al bote una marcha suave y rápida

En el pueblo, donde la falta de comodidades no permitía colonia veraniega, todos conocían á los señoritos. Estaban allí hacía dos meses, y nadie sabía su residencia habitual. Componía la familia un matrimonio con una hija enferma, á quien jamás se había visto. Sus padres la cuidaban celosamente. Vivían acariciados de comodidades, pero con una sola criada, tomada al servicio en uno de los pueblos del tránsito.

Dijo el botero:

—¿Cómo está la salud de la señorita?

—Mejor; gracias.

La mujer preguntó, afectando inocente curiosidad:

—Pasada la barra, ¿hay mucho fondo?

—Mucho, señorita.

Y callaron. Los estrobos chirriaban monorítmicamente. Sentados en las bancadas de popa, los señoritos hablaban en voz baja: